

ACTO TERCERO

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ROSA, DOLORES, MIGUEL

(Miguel está sentado á la izquierda, en la silla en que bordaba Dolores en el acto anterior, apoyado en la mesa. Tiene el traje con que llegó, pero sin sombrero ni bolsa de viaje. No lleva toda la barba, sino bigote, etc. (lo que en el acto primero).—Doña Rosa y Dolores entran de la calle, con mantilla, libro de misa y rosario.)

ROSA. (Sentándose al lado de Miguel, no sin obligar á Dolores á acercarse; pero ésta se queda un poco detrás, y Miguel no la ve al principio.)

¿Conque al fin te levantaste? (Le besa.)

¿Cómo has pasado la noche?

MIGUEL. Bien, madre...

ROSA. ¡Estarás cansado!—

¿Quién lo duda? ¡Es mucho trote!

¡Tres días en diligencia!...

¡Digo! ¡y con estos calores!...

(Se abanica.)

MIGUEL. (Acariciándola.)

Ya estoy aquí.

ROSA. (Quitándose la mantilla.) A nuestro lado

verás cómo te repones

y te alegras...—Toma...—Vengo

(Le da la mantilla y el libro á Dolores, haciéndole señas de que no se vaya.—Dolores los pone sobre la mesa.)

de misa, y, si Dios me oye,
te volverá el apetito
y los antiguos colores.

MIGUEL. ¡Ay, madre! ¡cómo mi alma
esas palabras conoce!
Á su cariñoso arrullo
el niño siempre adurmióse...;
¿qué extraño que hoy adormezcan
las desventuras del hombre?

ROSA. (Señalando á Dolores.)
¡Mira que vas á afligirla!...—
(No te vayas...) (Á Dolores.)

MIGUEL. (Volviéndose.) ¡Ah! ¡Dolores!...
Buenos días... (Muy reanimado.)

DOLORES. (Con gravedad.) Dios te guarde.

MIGUEL. (Con pasión.)
¡Y á ti te bendiga!...—

(Dolores se pone un dedo sobre los labios con seriedad,
Miguel baja la cabeza.)

ROSA. (Incomodada del silencio de Lola, le dice aparte:)
¡Torpe!—

(Á Miguel.)

¿Conque ya no te irás nunca?

MIGUEL. ¡irme yo, madre!..., y ¿adónde?

¡Ni al cuerpo le quedan fuerzas,
ni el alma tiene ilusiones!—

(Sonríe tristemente, y dice mirando al suelo:)

No soy yo, como creía,

ningún ingenio disforme

que en Madrid haga más falta

que al lado de sus mayores...

¡Simple lector de periódicos,

prendado de ajenas dotes,

imaginé propia altura
mi culto á los grandes hombres!...

ROSA. No digas cosas tan tristes...

MIGUEL. Son verdades...

ROSA. No me enojés...

MIGUEL. Usted esto no lo entiende,
ni lo entienden muchos jóvenes...—

¡Desdichadas las provincias,
mientras, creyéndose dioses,
sus hijos medio notables
las desprecien y abandonen;
y más desgraciados ellos,
que á engrosar van á la postre
la lista de los mendigos
y suicidas de la corte! (Mirando á Dolores.)

¡Razón tenía mi padre!

¡Por espinas dejé flores!

(Pausa.) — (Al ver que Dolores mira al suelo, baja él
también la cabeza muy abatido.)

ROSA. (Tomando lo de las flores al pie de la letra.)

¡Pues ya verás cuán alegre,
con la siega, y con los trojes,
y con la trilla, está el campo!...—

¡Lo mismísimo que entonces!—

Las reliquias de esa herida,

(Le señala el pecho.)

que apenas se te conoce,
se borrarán, dice el médico,
cazando por estos bosques,
y hasta el aire de la Fábrica,
con tanto hierro en... vapores—
él decía en otra cosa...—

le servirá á tus pulmones.

MIGUEL. (Como si hablara solo.)

¡No! los hombres no se aman...,
¡y en las soberbias metrópolis
su único oficio es la guerra!...

¿Qué importa que en esos choques
no corra á veces la sangre,
si el llanto á raudales corre?—

¡Oh! ¡Madrid!... El mismo infierno
construyó su inmensa mole
para teatro y palenque
de envidias y de rencores...

De huérfanos voluntarios
lo llena ambición innoble,
como al vivac de una hora
de caravanas feroces...

¡En Madrid hay pocas madres

(Mirando á la suya.)

para haber tantos dolores!...

¡Ellas visten aquí el luto
de aquel infortunio enorme!

(Dolores se quita la mantilla y la pone sobre la mesa.)

¡Ellas aquí, al ver vacío
el nido de sus amores,
lloran de dolor y miedo...;
y yo no extraño que lloren,
pues es tenerlo en la guerra
tener un hijo en la corte!

ROSA. ¡Vaya si lloramos! ¡Vaya!...—

¡Jesús! ¡qué mundo! ¡qué hombres!—
Dime: ¿y... la Condesa?

MIGUEL. ¡Madre!

¿quién piensa ya...

ROSA. ¡Se supone!

(Mirando á Dolores.)

Pero dime...

MIGUEL.

La Condesa... (Sonriendo.)

se casó con otro Conde.—(Pausa.)

(Dolores vuelve la cabeza, y sonríe con lástima.)

¡Ay, sí! Cuando la desgracia
me hundió con sañudos golpes;
cuando lloraba emigrado
en extranjeras naciones;
cuando regresé harapiento;
cuando me vi herido y pobre,
nadie cubrió con su manto
la fealdad de mis errores...
¡Pasó la turba ambiciosa
sobre mí, en rudo galope,
y yo me quedé en la arena
como espada que se rompe!—
¿Adónde volver los ojos,
madre, en mi soberbia indócil?
¿Quién acogería al huérfano,
manchado por los desórdenes,
inútil al bien y al mal?—
Entonces, y sólo entonces,
vi lucir en lontananza
el hogar de mis mayores,
y la sombra de mi madre
sus brazos de amor tendiόμε,
diciendo: «¡Á mí no me manchas!...
¡Hijo, á mi regazo corre!»
¡Es verdad!

ROSA.

MIGUEL.

«Allí—exclamé—

me aman sin gloria y sin nombre;
allí deploran mi ausencia;

allí me espera Dolores...

(Dolores le vuelve la espalda, en ademán negativo.)

¡Aún puedo dar á mis padres
dicha y consuelo!... Soy joven,
y trabajaré... ¡Mis lágrimas
quizás mi delito borren,
y hagan que un día mi padre
su santo perdón me otorgue!...—
Y heme aquí.

ROSA.

¡Pobre hijo mío!
Dios oyó mis oraciones
y te trajo...—¡Ya verás!—
El piano está conforme
lo dejaste...—¡Yo venderlo!—
¡Antes vendo mis colchones!—
¡Aquí eres rey!...—¿Verdad, Lola?—
¡Aquí todos te conocen!—
¡Vaya el mundo noramala!—
Toma... Ahí tienes... No derroches...

(Le da la bolsa encarnada que Fernando dió á Dolores
en el acto anterior.—Ésta se cubre un momento el
rostro con las manos.)

Pero de nada carezcas...

MIGUEL.

¡No!... (Queriendo devolverle la bolsa.)

ROSA.

(Á media voz.) ¡Calla! Quiero que compres
de todo lo que tenías:
reloj, sortija, botones...—
¡No quiero que nadie piense...

MIGUEL.

(Cediendo después de alguna lucha.)

Lo guardaré...—No se enoje...—
Pero no más que guardarlo.

ROSA.

¡Bah! Yo haré que te perdone
tu padre...—No seas niño...—

¡Si le hubieras visto anoche
cómo lloraba!—¡Te quiere!...—
¡Y es posible que te odie,
si eres su hijo?—Está irritado...;
pero en este instante oye
á Doña Ramona...—Yo (Se levanta.)
voy arriba hasta que logre
hacerle bajar á verte...—
Quédate con él, Dolores.

DOLORS. ¡Madre! (Asombrada y aparte á Doña Rosa.)

ROSA. (En voz natural.)

En cuanto fué de día
vi á Fernando...—Está conforme.
(Miguel lo oye con regocijo.)

DOLORS. ¡Conforme!... ¡Qué horror!
(Aparte, á la madre.)

ROSA. (Aparte.) Tú... ¡calla!—

¡No ves cómo viene el pobre?
(Se va por la escalera, llevándose las mantillas, etc.)—
(Miguel se levanta, y corta el camino á Dolores, que se
dirigía hacia el despacho.)

ESCENA II

DOLORS y MIGUEL

MIGUEL. Dolores...

DOLORS. (Parándose, con severidad.)

¿Qué quieres?

MIGUEL. (Indicándole el proscenio.) Ven...

¡No me esquives de ese modo!

DOLORS. (Dirigiéndose á la escalera.)

Déjame...

MIGUEL. (Cortándole otra vez el camino.)

Olvídalo todo...

¡Perdóname tú también!
¡Vea yo en tu rostro bendito
la gloria de mis amores!...—
¡Cuánto te debo, Dolores!

DOLORS. (Alarmada.)

¿Qué?

MIGUEL. Fernando me lo ha escrito...—
¡Todo lo sé!

DOLORS. Di.

MIGUEL. Tu herencia,
que has empeñado por mí...;
las sumas que te debí
cuando estaba en la indigencia;
la pura y constante fe
que dos años me has guardado;
tu casamiento olvidado...
¡todo, sí; todo lo sé!

DOLORS. (Admirada.)

¡Fernando te ha escrito eso!

MIGUEL. En Mayo me lo escribió...—
Al partir...—la verdad...—yo
no te amaba...—lo confieso.—
Te requebré... y te ofendí...—
¡Perdóname, Lola mía;
pero yo no conocía
los tesoros que hay en ti!
No: no llegó á comprender
mi rüin naturaleza
tu pasión y tu nobleza,
¡ni al ángel ni á la mujer!—
¡Oh! ¡qué miserable he sido!
¡qué indigno de tus favores!...
¡Pero al fin, de mis errores

por siempre me has redimido!—
Deja que llore á tus pies
mi ingratitud, mi abandono... (Se arrodilla.)

DOLORES. (Conmovida y con generosidad.)

Levanta...—Yo te perdono...

MIGUEL. (Levantándose arrebatado.)

¡Oh!...

DOLORES. (Rehaciéndose.) ¡Pero es tarde!

MIGUEL. ¡No es!

¡No es tarde, pues logro verte
y oírte, prenda querida,
antes que un resto de vida
me haya arrancado la muerte!—

¡Te amo, te adoro, Lola!

De mis creaciones divinas

tú te alzas en las rlinas,

única, radiante, sola!

¡Tú me enseñaste á creer,

á bendecir y á esperar!...

Tú me has enseñado á amar...

¡Tú has completado mi ser!—

¡Te amo!... (Con inmensa efusión.)

DOLORES. (Tapándose los oídos.) ¡Déjame!...

MIGUEL. ¡No

¡Quiero decírtelo! ¡quiero
que el porvenir lisonjero
mires cual lo miro yo!
Dime, hermosa: ¿no nos ves
perdidos en este valle,
mi brazo en torno á tu talle,
mi corazón á tus pies,
seguir la senda florida
de una existencia ignorada,

pendientes de una mirada
toda mi vida y tu vida?
¿No nos ves sin ambición,
ni límite á la esperanza,
ser la bienaventuranza
uno de otro corazón,
y, así unidos, comprender
en un punto el porvenir,
amarnos siempre..., vivir
sin mañana y sin ayer?—
¿Sabes tú la eterna gloria
que alcanzan los que así mueren?...—
¡Morir! ¡morir!... ¡Nunca mueren
ni el alma ni la memoria!
¿En mi tumba me amarás
como me amaste en la ausencia;
que el fuego de mi existencia
no morirá en ti jamás!

DOLORES. ¡Ah! (Con superstición.)

MIGUEL. ¡No es tarde, pues que Dios
quiso al cabo concedernos
días breves pero eternos,
de amor y triunfo á los dos!

DOLORES. Deliras...

MIGUEL. Siempre á tu lado...

DOLORES. ¡Nunca! (Con resolución.)

MIGUEL. (Asombrado.) ¿No me quieres ya?

DOLORES. ¡De nadie te quejes!

MIGUEL. ¡Ah!

¡Di que nunca me has amado!

DOLORES. ¿Que no te amé?... ¡No lo digas!
(Con indignación, y sin poder contenerse.)

MIGUEL. Pues bien: ¿por qué me abandonas?

¿Por qué, cuando me perdonas,
con tu desdén me castigas?
Si me amabas de tal suerte
que me socorriste allí,
¿por qué depreciarme aquí
en las garras de la muerte?
Cuando vuelvo arrepentido
y en ti cifro mi ventura;
cuando en mí tu llama pura
con tal violencia ha prendido,
¿por qué en tan mortal zozobra
compromete tu rigor
mi gratitud y mi amor?

DOLORES. ¡Ya lo sabrás!... (Légubremente.)

MIGUEL. (Con repentina sinceridad.) Algo sé...

DOLORES. ¿Qué sabes? (Alarmada.)

MIGUEL. (Como con reserva.) Que..., por piedad,
se imagina tu bondad
en la obligación...

DOLORES. (Con ansia.) ¿De qué?

MIGUEL. De fingir... lo que no existe,
lo que el alma no ha aceptado...

DOLORES. (Con repugnancia.)

¡Oh!... (Le vuelve la espalda.)

MIGUEL. Mi madre te ha indicado
que el buen Fernando no insiste...

DOLORES. ¡Ni á Fernando conocéis...,
ni á mí tampoco!

MIGUEL. Él un día
me dijo que desistía
de su boda...

DOLORES. ¿Y lo creéis? (Con ímpetu.)

MIGUEL. Pero, en suma: ¿si quisiera...
(Suplicante.)

DOLORES. ¡No quiere!... ¡Y le estás faltando!

MIGUEL. Mas ¿si quisiera Fernando...

DOLORES. Pues bien: ¡no quiero que quiera!
(Con valor.)

MIGUEL. (Mortificado.)
¿Por qué? ¿Le has llegado á amar?
(Insultante en el fondo.)

¿Te lo hizo grato mi ausencia?
¿Triunfó al cabo su paciencia?

DOLORES. (Dignamente.)
¡No! ¡Triunfó su buen obrar!

MIGUEL. ¿Y tú...

DOLORES. (Con firmeza y calma.)

Me caso con él.

MIGUEL. ¿Sin quererle?

DOLORES. Ya le quiero.

MIGUEL. (Primero con arrogancia; luego desolado.)
¡Imposible!...—¡Ay, Dios! ¡yo muero!...
¿Qué venganza tan cruel!

DOLORES. ¡Infeliz! ¿Qué estás diciendo?
¡Respeto un designio honrado!

¡Dios mi enlace ha decretado!
MIGUEL. ¿No nombres á Dios!...—¡Te entiendo!
(Con gran amargura.)

¡Me obligas con el favor...

y me tratas con desdén!...—

¡Maldito, maldito el bien
que no se da con amor!

DOLORES. ¡Cuánto me insultas!... (Con pena.)

MIGUEL. (Cada vez más airado.) Cumplida
ves tu tremenda venganza...

- ¡Eras mi última esperanza,
y te alejas con mi vida!
DOLORS. (¡Su vida!—¿Y le he de decir...
la verdad de todo?...)
- MIGUEL. (Con desesperación y frialdad.) Lola,
adiós...—(Como si hablara solo.)
¡Oh madre! Tú sola
sabes amar y sufrir...—
¡La fe!..., ¡la constancia!... ¡Oh!
¡Mentira!
- DOLORS. Calla...
- MIGUEL. ¡Mentira!
(Tapándose el rostro con las manos.)
- DOLORS. (Cogiéndole de un brazo.)
¡Oye, desgraciado!... Mira...—
(Le suelta y se aleja de él.)
¡No puedo..., no puedo, no!
(Acercándosele á su vez.)
¡Ah, me espanta esa firmeza!
¡Y á mí también!
- DOLORS. ¡Es crueldad!
- MIGUEL. ¡Sí!
- DOLORS. ¡Es... hasta crimen!
- DOLORS. (Desesperadamente.) ¡Verdad!
- MIGUEL. (Con horror.)
¡Te odia la naturaleza!
- DOLORS. (Llorando al fin.)
¡No me maldigas, por Dios!
(Con las manos cruzadas.)
- MIGUEL. (Con ironía.)
¿Y por quién más me lo imploras?
- DOLORS. (Abandonándose á su dolor.)
¡Por estas lágrimas!

- MIGUEL. (Con asombro y júbilo.) ¡Lloras?
(Fernando aparece en el portal, y se para.—Dolores se
rehace, y dice en alta voz, señalando á Fernando,
pero refiriéndose á Miguel:)
- DOLORS. ¡Llorar debemos los dos!

ESCENA III

DICHOS y FERNANDO

- (Fernando trae en la mano un rollo de papeles, atados con una cinta
encarnada.)
- FERNANDO. ¿Llorar?...—¿Por qué?—Buenos días.—
¿Qué tal? ¿descansaste?
- DOLORS. (Á Fernando, sin ocultarle su emoción y queriendo lle-
várselo.) ¡Ven!
- FERNANDO. (Haciéndose el desentendido, dice á Miguel:)
¿Y aquel dolorcillo?... ¿bien?...—
Conque, Lola..., ¿qué decías?—
Yo no os conocí al pronto...—
¡Hoy te encuentro más muchacho!...—
Iba á entrar en el despacho,
y me paré como un tonto
al veros...—(Á Miguel.) ¡Dos años ha
que tú me pillaste á mí!...
¿Te acuerdas?—¡Qué necio fuí!...
- MIGUEL. (¡No se quieren!)
- FERNANDO. ¿Y en qué está
la diferencia?—Dolores
habló de llorar...—Pues miente...
- DOLORS. ¡Fernando!...
- FERNANDO. (Sin hacerle caso.) ¡Continuamente
me hablaba de tus amores!...

Pero, como á la manía
Don Blas otra vez tornó
del casorio..., y dije yo...,
¡claro!..., que obedecería...,
hoy ésta se cree obligada...—

(El verso siguiente lo dice mirando á Lola con gran intención.)

¡por lo que al caso no hace!—
á realizar un enlace...
que admita... resignada!...
(Volubilidad aparente.)
Enlace de conveniencia...—
que en el fondo no es preciso;—(Á Lola.)
para ella..., de compromiso,
y para mí. de obediencia...—

(Interponiéndose siempre entre Dolores y Miguel, y hablando muy alto para no dejar que ellos se expliquen.)

Porque aquí... lo más salado
del empeño de esta chica,
¡es que ella se sacrifica...
y á mí me hace desgraciado!—
¡Desgraciado, sí, señor!
Pues, aunque es guapa y la quiero...,
yo nací para soltero,
y ella á ti te tiene amor...—
¡Cuánto habrás visto, Miguel!...

DOLORES. ¿No ves que me estás matando?—
Escucha, Miguel...—Fernando...

FERNANDO. ¡No hay más Fernando que él!—
(Á Miguel.)

¡No hagas caso! ¡Es tan entera,
que se avergüenza de amar!...—
Pues ¿qué hay de particular

en que una muchacha quiera?—

¡Mira!...: ¡para ti!... (Enseñándole el bordado.)

MIGUEL. (Convencido.) ¡Alma mía!

DOLORES. Pero ¿no ves que te engaña? (Furiosa.)

FERNANDO. ¡Piensa que hago alguna hazaña
en ceder!...—¡Qué tontería!

DOLORES. ¡No lo creas!

FERNANDO. ¿Callarás?

DOLORES. ¡No lo creas!

FERNANDO. (Imponiéndose.) ¡Dale..., bola!—

¡No te mortifiques, Lola!

¡Yo convenceré á Don Blas!—

(Á Miguel.)

Ven á tu cuarto y hablemos
de su herencia y de otros puntos...—

(Al nombrar la herencia, le entrega el rollo de papeles que tiene en la mano.)

¡Hay que arreglar mil asuntos!...

(Á Lola y con énfasis.)

Pero ¡nos entenderemos!

(Á Miguel. Dolores llora.)

MIGUEL. ¡Adiós..., Dolores!...—¡Ya ves!...,
Fernando mismo lo ruega...

(Dolores no le oye. Sólo mira á Fernando.—Miguel se dirige á la habitación de la izquierda, llevándose el rollo de papeles.)

FERNANDO. ¡Pues es claro! (Empujándole.)

¡Si está ciega!

¡Si está en Babia!—¡Hasta después!

(Á Dolores, sin mirarla.)

DOLORES. (Deteniéndole violentamente.)—(Pausa.)

¡Oye!—¡Mírame! (Cuando Miguel ha desaparecido.)

FERNANDO. (Mirando á otra parte.) ¡Bobada!

DOLORES. (Que le tiene cogidas ambas manos, le repite con amor é imperio:)

¡Mírame...!

FERNANDO. ¿Qué?

(Fernando la mira desatinadamente sin poderlo remediar, y se le saltan las lágrimas.—Dolores dice entonces, señalando á aquel llanto:)

DOLORES. ¡Tú has mentido!

FERNANDO. (Enjugándose los ojos con los dedos.)

¡Lola..., ya hemos decidido que el llanto no prueba nada!

(Se escapa, y entra en el cuarto de Miguel.)

ESCENA IV

DOLORES

¡Madre! ¡Tú, la que perdí!
 ¡Madre, que estás en el cielo!
 Ven en mi ayuda, ¡ay de mí!
 ¡Sola, triste y sin consuelo,
 no puedo vivir así!
 La virtud y la pasión
 tal apretaron los lazos,
 que parten mi corazón!...—
 (Mirando á la sala baja.)
 ¡Ah! Llevaos por compasión
 mi corazón á pedazos!

ESCENA V

DOLORES y DON BLAS, que baja furioso.

BLAS. ¿Donde está?

DOLORES. Padre...

BLAS. ¡Lo fuí...

¡No profanéis ese nombre!...

DOLORES. ¡Don Blas! (Muy seria.)

BLAS. ¿Donde está ese hombre?—

¿Donde está Miguel?

DOLORES. (Señalando con dignidad.) Allí

BLAS. ¡Vete tú arriba!... ¡Ya sé,
 por tu madre, los horrores
 que se traman...

DOLORES. ¿Yo?

BLAS. (Reparando en la noble actitud de ella.)

Dolores...,

¡piensa en tu honor!

DOLORES. (Marchándose tranquilamente.) Ya pensé.

ESCENA VI

DON BLAS y MIGUEL

BLAS. (Después de verla partir, mira al cielo como pidiéndole fuerzas, y se abalanza á la sala baja, á cuya puerta grita con voz terrible:)

¡Sal!

(Después, andando hacia atrás, se vuelve al proscenio, donde le aguarda.)

MIGUEL. (Queriendo arrodillarse.)

¡Padre mío!

BLAS. (Conteniéndole con severo ademán y frío continente.)

¡Silencio!

MIGUEL. (Queriendo abrazarle.)

¡Ah, padre!

BLAS. (Repeliéndole siempre con su tono y actitud.)

¡No me repitas
que eres mi hijo!...—¡Harto me duele!—
¡Ya estás aquí!... La desdicha
común pregona la vuelta
del Caín de la familia.

MIGUEL. ¡Ay, triste!

BLAS. ¡Todos con lágrimas
tu regreso me atestiguan,
no bien ayer se enjugaron
las que arrancó tu partida!—
¿Qué buscas aquí?

MIGUEL. El perdón
de mis faltas...

BLAS. ¿É imaginas
alcanzarlo?

MIGUEL. Dios perdona...

BLAS. ¡Tu contrición es tardía!—
¡No es el arrepentimiento
quien tus pasos encamina!...
¡Cuando ya pecar no puedes,
es cuando el pecado evitas;
que, sin que tú huyeras de ellos,
de ti los vicios huían!

MIGUEL. ¡De todo me he arrepentido!...

BLAS. Porque el castigo te avisa.—
¡Antes que el remordimiento,
sentiste de Dios la ira;
y, pues Dios te ha condenado,

no hay llanto que te redima!

MIGUEL. Yo me he propuesto enmendarme...—

¡Padre, es tiempo todavía!

BLAS. ¡Enmendarte!...—Y ¿de qué modo?—

Reincidiendo en tus perfidias...
cometiendo nuevas faltas...—
¿qué digo nuevas?—¡Las mismas!—
¡Todo lo sé!

(Fernando aparece á la puerta de la sala baja, y oye
sin rebozo.)

MIGUEL. ¿Qué?

BLAS. ¡Esta casa,
por tierra echaste en la huida...;
y, no bien se levantaba,
nuevamente la derribas!
¡Mi autoridad atropellas
como antes, con planta impía;
codicias el bien ajeno,
y al prójimo sacrificas!—
¿Es esa tu penitencia?
¿Esa de tu alma contrita
la reparación?...—¡Aparta,
Luzbel!... ¡Huye de mi vista!
MIGUEL. ¡Señor! ¡Vea usted mi cabeza
doblada ante su justicia!—
¡Misericordia!

BLAS. ¿La tienes
tú de nosotros?

MIGUEL. La vida
de un hijo, su amargo llanto,
¡no cerrarán las heridas
que abrió en el alma de un padre?
Si un día tras otro día

le ve llorar, trabajar,
 ser su amparo, ser su egida,
 humilde ante sus mandatos,
 reverente, de rodillas...
 ¿le arrojará de su casa?

BLAS. No: ni yo te arrojaría...—
 ¡Soy hombre, Miguel! ¡soy padre!
 (Conmoviéndose.)
 ¡soy cristiano!...

MIGUEL. (Acercándosele.) Entonces...

BLAS. ¡Quita!

¡Yo te arrojo de esta casa,
 porque esta casa no es mía!...

MIGUEL. ¡Cómo!

BLAS. ¡De nuestros abuelos,
 se hundió la mansión bendita!
 ¡No busques aquí tu cuna!
 ¡no remuevas las cenizas
 de un hogar que tú, inhumano,
 trocaste en pavesas frías!

MIGUEL. ¡Explíquese, por piedad!...

¿Dónde estoy?

BLAS. ¿No lo adivinas?
 Estás en el santo albergue
 do la piedad de una niña
 mantiene á dos pobres viejos...,
 ¡á tus padres!...

MIGUEL. ¿Lola?

BLAS. ¡Mira
 tu obra!

MIGUEL. ¡Lola me ama!
 ¡Yo la adoro!...

BLAS. ¡No lo digas!

¡Huésped eres de Fernando,
 (Fernando se va á la calle, después de haber dudado
 si debe intervenir en esta escena.)
 del esposo de mi hija!—
 ¡Suyo es cuanto aquí te cercal!...—
 Pérfido, ¿no te lo explicas?
 (Asombro de Miguel.)
 ¿No recuerdas que ha dos años
 gravaste la Ferrería,
 y empeñado me dejaste,
 sin más pan que la ignominia?

MIGUEL. ¡Ah!... (Con bochorno y remordimiento.)

BLAS. ¿Te llevaste tu casa?...

¿Á qué vuelves?...

MIGUEL. (Con un resto de esperanza.) ¡Merecida,
 justa lección me da el cielo!...—
 Mas ¿quién sabe?...—¡Si mi indigna
 voz oye usted...

BLAS. (Con sarcástica curiosidad.)
 ¡Habla!

MIGUEL. Lola
 me quiere... Fernando insta
 (Recalcándolo mucho.)
 porque nos casemos... Yo,
 con la herencia y mis fatigas,
 le pagaría su crédito...

BLAS. Pero ¿y su dicha? (Con voz de trueno.)

MIGUEL. ¡Su dicha!

BLAS. ¿Así premias á Fernando,
 que, sin celos, sin envidia,
 para ti le dió á Dolores
 lo que allá tú consumías...,
 (Confusión de Miguel.)

y que, por ella y nosotros,
 hoy se encuentra en la ruina?
 ¿Premias así al que... ayer tarde
 (Recalcándolo.—Espanto de Miguel al oír lo de la
 boda frustrada la víspera y todo lo que sigue.)

al altar la conducía,
 cuando apagó tu presencia
 nuestra primera sonrisa?
 ¿Al que, mientras tú llegabas
 á robarle sus delicias,
 daba el resto de su hacienda
 para impedir...—¿toma... mira!...—
 (Este paréntesis se lo dice mostrándole un papel, que
 puede ser el Aviso comercial.)

que un embargo profanase
 mi honra, mi nombre, mi firma?
 MIGUEL. (Consternado enteramente.)
 ¡Ah, desgraciado! ¡Ya veo,
 ya mido la horrenda sima!...—
 (Doña Rosa y Dolores aparecen en la escalera: lloran
 y callan.)

¡Yo lo he devorado todo!
 Casa, herencia, amor, familia,
 salud, esperanza...

(Dolores contiene á Doña Rosa.)

BLAS. (Con igual pavor.) ¡Sí!

MIGUEL. ¿Y adónde volver la vista?
 (Pensando en Madrid, etc.)

BLAS. ¡Toca, desgraciado, toca
 el fruto de tu codicia!
 Aquí, de donde saliste
 soñando glorias mentidas,
 paz y hacienda Dios te daba,

caricias y amor tenías...—
 ¡Bien te aconsejé!...—¿Te acuerdas?—
 ¡Bien lloramos tu partida!
 ¡Bastante he echado de menos
 tu apoyo en mis largas cuitas!

MIGUEL. ¡Y usted me aborrece!
 (Con acento desgarrador.)

BLAS. (Conmovido, y mirando á otro lado.)
 ¡Calla!

MIGUEL. ¡No tengo padre!
 (Cae anonadado en una silla, y llora, con la cabeza
 entre las manos.)

BLAS. (Enterneciéndose hasta llorar también.)
 ¡Mentira!

¡Soy tu padre!...; y, si atendiera
 á mi placer egoísta...;
 si pensara como tú,
 á tus brazos correría...,
 ¡que eres mi hijo!... ¡mi hijo!...—
 (Retrocediendo.)

Pero no... ¡no lo permitan
 los cielos!...—¡Padre no es
 el que sólo da la vida!...
 ¡Padre es quien da la virtud
 con el pan á su familia;
 el que, solícito y tierno,
 de su descendencia cuida;
 pero que, amando á los malos,
 no los premia, los castiga!

MIGUEL. ¡Madre de mi corazón!
 (Dolores sigue conteniendo á Doña Rosa, que ahoga
 sus gemidos con el pañuelo.)

BLAS. ¡En poco su compañía

tienes, pues que así desmayas,
cuando más te necesita!—
¿Qué? ¿No puedes trabajar?
En esas tierras vecinas,
¿no habrá un palmo de terreno
que fruto á tus brazos rinda,
y que en la hora de la muerte
tu cuerpo en su paz reciba?—
¡Alza!... ¡Valor!... Los tres juntos
salgamos de estas rüinas,
donde á formar nueva casa
llega una nueva familia...
¡Dejemos aquí á los ángeles
custodios de nuestra vida,
y no turbemos su gloria,
en que Dios se regocija!
(Ni Miguel ni D. Blas ven á las mujeres.—Fernando
aparece en el portal con bolsa de viaje y gorra de
camino.)

MIGUEL.
BLAS.

¡Dolores!... (Sollozando en el sillón.)
¿De qué te quejas?—
¡Doquiera robaste dicha;
pero no sembraste nada,
y es tu cosecha de espinas!...
¡El bueno, el que en torno suyo
sembró del bien la semilla,
hoy coge larga cosecha
de bendición y alegría!

ESCENA VII

DON BLAS, MIGUEL, FERNANDO, DOLORES
y DOÑA ROSA

FERNANDO. (Avanzando.)

¡Dios se lo pague, Don Blas!
¡Dios se lo pague!... ¡Es usted
un santol!... (Le besa la mano.)

—En fin, atended!—

(Á las mujeres, que se acercan.—Miguel, avergonzado,
se retira al fondo de la escena, muy caviloso, sin
mirar á nadie, pero atento á todo.)

Me voy del pueblo...

BLAS. (Asombro de todos.) ¿Te vas?

ROSA. } ¿Cómo?

DOLORES. }

FERNANDO.

Lo dicho: á la una
me voy en la diligencia. (Terminante y sereno.)

BLAS. ¡Fernando! ¡Sin mi licencia!

DOLORES. ¿Y sin consulta?...

FERNANDO. Ninguna.—

Todo lo tengo ya hecho...—
He aquí el billete...

BLAS. ¿Qué horror!

FERNANDO. En Cádiz tomo el vapor,
y ¡á Buenos Aires derecho!

TODOS. ¡Á Buenos Aires!

(Miran á Miguel, inmóvil en el fondo.)

FERNANDO. Así,
dinero habrá y alegría!—

(Á Don Blas.)
Dolores...—yo lo sabía—
quiere á Miguel...

DOLORES. ¡No!

BLAS. ¡No!

FERNANDO. ¡Sí!

(La energía con que dice esta verdad se impone á todos.)—(Transición.)—(Continúa tranquilamente:)

Deshecho está, pues, el lío...:
yo me cobro de tu herencia,
tú te casas en mi ausencia,
y usted paga con lo mío.

ROSA. ¿Qué dices? (Tímidamente, á Don Blas, como recomendándole aquel arreglo.)

BLAS. (Con severidad.) ¡Calla, mujer!
(Miguel entra en su cuarto, alzando los brazos al cielo.)

DOLORES. ¡Me niego!

BLAS. (Á Doña Rosa.) ¿Y el desgraciado?
(Señalando á Fernando.)

DOLORES. Ven... (Á Fernando.)

FERNANDO. (Rehuyéndola.) ¡Bastante hemos hablado!

BLAS. (Á Doña Rosa, la cual sólo mira á la puerta por donde salió Miguel.)

¡Es mandarlo á perecer!—
¡La adora... y por ella muere!

FERNANDO. ¡Eso es historia pasada!...

BLAS. ¡No lo creas, desgraciada! (Á Lola.)
¡Te repito que te quiere!

FERNANDO. (Con valentía.)—(También echa de menos á Miguel.)

¡Pues, si la quiero, no quiero
presentarme en el altar
con mujer que ha de llorar,
porque quiso á otro primero!

DOLORES. ¡Fernando! (Con enojo y dulzura.)

FERNANDO. (Fingiéndose no oírla y dirigiéndose á Doña Rosa.)
¡No me acomoda!...

Conozco que estorbo aquí,
y voy á otra parte...—Así
se podrá hacer esa boda...

BLAS. ¡Nunca! (Busca á Miguel con los ojos.)

DOLORES. (Cogiéndole.) ¡No seas injusto!
¡No te irás!

FERNANDO. ¿Y he de vivir
viendo llorar y gemir,
por darles á ustedes gusto?

BLAS. ¡No te irás!—Lo mando yo...

DOLORES. ¡No te irás!—Yo te lo pido...

FERNANDO. ¡Al mar nunca le he temido!...—
Ya volveré...

BLAS. ¡Calla!

DOLORES. ¡No!

FERNANDO. (Dando una patada en el suelo y dominándolos á todos.)
¡Caramba! ¿Quién manda en mí?
¡Dejad que cada uno haga!...

BLAS. (Sumiso.)

¡Oye!

FERNANDO. (Furioso.) ¡Á mí no se me paga!...—
¡Nada se me debe aquí!

(Se va conmoviendo poco á poco, al ver que todos callan y lloran.)—(Doña Rosa sigue inquieta con la ausencia de Miguel.)

¡Nos hemos querido bien
veintidós años!...—¡Me voy...
porque quiero!... ¡Pero estoy
agradecido también!—
Yo era huérfano y rapaz

cuando ustedes me acogieron...
 ¡Como á un hijo me quisieron!...—
 Pues bien: ¡estamos en paz!
 (Todos le cogen las manos llorando.)

ESCENA VIII

DICHOS, DON GIL, DOÑA RAMONA
 y un MOZO DE DILIGENCIAS

GIL. Vamos, Fernando... ¿Qué esperas?
 RAMONA. Venimos á despedirte.
 BLAS. Pero ¿y Miguel?
 GIL. ¡Si has de irte...
 (Señalándole la calle.)
 FERNANDO. (Viendo la ternura de todos.)
 ¡Esto es quererse de veras!
 DOLORES. ¡Fernando! ¡Fernando!
 FERNANDO. (Sin atreverse á mirarla.) ¿Qué?
 DOLORES. (Alzando á él las manos cruzadas.)
 ¡Fernando!
 FERNANDO. Mujer... ¡Te entiendo!
 ¡Sé feliz!
 DOLORES. ¡No! (Casi de rodillas.)
 (Todo esto muy al proscenio, á media voz.)
 FERNANDO. (Impidiéndole arrodillarse.) ¡No estás viendo
 que él se muere?
 DOLORES. ¿Y tú?
 (Estrechándole las manos con vehemencia.)
 FERNANDO. (La mira con adoración.) ¡No sé! (Huye.)
 ¡Ea! ¡Con Dios! (Cada caricia
 me mata...) ¡Suéltlenme ustedes!...
 (Se desprende de todos.)
 ¡Adiós!... (Desde la puerta.)

BLAS. ¡Señor, tú no puedes
 consentir esta injusticia!
 (En el proscenio, adonde se ha vuelto para no ver salir
 á Fernando.)

ESCENA IX

DICHOS y MIGUEL

(Miguel sale de la sala baja, coge á Fernando de un
 brazo, cerca ya de la cancela, y le hace retroceder.)
 MIGUEL. (Con alegría nerviosa y con lentitud que da indicios de
 una resolución final.)
 ¿Adónde vas, majadero?—
 (Á los demás.)
 ¿Á qué vienen esos llantos?
 ¿Qué pasa aquí, ¡voto á tantos!—
 (Á Fernando, riéndose y sin soltarlo.—Fernando, es-
 pantado.)
 ¿Conque... (Burlándose de su idea de marcharse.)
 FERNANDO. (Agramiente.) ¡Déjame!
 MIGUEL. (Con su constante autoridad sobre él.) ¡No quiero!
 BLAS. (¿Qué se propone?) (Observándole, inmóvil.)
 DOLORES. (Engañada.) ¿Esto más?
 ROSA. ¡Miguel! ¿qué tienes? (Tocándole la frente.)
 MIGUEL. ¿Yo?...—¡Nada!—
 (Á Fernando.)
 Conque... ello... ¿en marcha?—¡Bobada!
 GIL. ¡Vamos! (Tocando á Fernando en un hombro.)
 FERNANDO. (Á Miguel.) Deja...
 MIGUEL. (Sin impacientarse.) ¿Adónde vas?
 ¿Qué sabes tú de viajes,
 ni de mundo, ni de gente,

tú, que viste solamente
esta gente, estos parajes?
¿Qué hicieras tú por ahí
entre asechanzas y dolo?...—
¡Eso lo entiendo yo solo!...
¡El mundo no es para tí!

FERNANDO. ¿Te burlas?

BLAS. (Que ha mirado atentamente á su hijo desde un lado
del proscenio, dice aparte, con voz de respeto y ca-
riño, como adivinando su determinación:)

(¡Qué demudado!)

ROSA. ¡Miguel! (Tocándole la frente.)

MIGUEL. (Sin hacer caso de nada, lleva á Fernando al otro lado
del proscenio y le dice:)

Un obsequio más...—

(Con rapidez, sacando una carta del bolsillo.)

Como tú no partirás,
cuando yo me haya explicado,
podrás prestarme servicios
que en esta carta te ruego...—
¡No la leas hasta luego,
ni ahora formes malos juicios!—
A la noche la abrirás...
y harás cuanto encargo ahí...—

(Con frialdad magnánima.)

¡No pienso matarme!...—Así,
no asustes á los demás. (Le vuelve la espalda.)
(Fernando, asustado, guarda la carta.)

BLAS. (Aparte, desde la derecha del proscenio.)

(¿Qué piensa?)

ROSA. (Á Fernando.) ¿Qué te entregó?

(Fernando niega con sus ademanes haber recibido cosa
alguna; pero da muestras de gran perplejidad.)

DOLORES. (¡Cielo santo! ¿Qué le ha escrito?)

MIGUEL. Lola..., perdona un delito...

(Cogiéndole la mano.)

que al volver se me ocurrió...—

(Todos están subyugados por Miguel, el cual prosigue
diciendo con lentitud convulsiva:)

Nacido yo á codiciar
más que mi bien... el ajeno,
porque yo no soy tan bueno...
como este mozo ejemplar...,
(Lo llama con la otra mano.)

á los dos os he engañado
segunda vez...

DOLORES. Pues ¿qué pasa?

MIGUEL. (Con autoridad.—Señala á Fernando.)

Que no se va... y que se casa,
(Poniendo á Fernando junto á Dolores)
porque yo..., ¡yo estoy casado!
(Los suelta y les hace una reverencia glacial.)

DOLORES. ¡Ah, bandido!...—¡Te aborrezco!—
(Huye hacia la escalera.)

ROSA. ¡Cómo! (Abrazándolo con terror instintivo.)
(Alegria, aplauso y ternura en el rostro de Don Blas.)

RAMONA. ¿Dónde?

FERNANDO. (Cogiendo á Dolores por la cintura y llevándosela.)

¡Lola, ven!...

¡Yo te amo! (Se van por la escalera.)

MIGUEL. (Convulsivo, en los brazos de su madre.)

¡Ella también
me aborrece!...—¡Lo merezco!
(Sonríe sardónicamente.)

ESCENA X

DICHOS, menos DOLORES y FERNANDO

- MIGUEL. (Á Doña Rosa, que no le suelta, y sin mirar á su padre.)
¡Madre!... Usted sola querrá
á su Miguel muchos años...—
(¡Estos cabellos castaños,
el tiempo los blanqueará!...)—(Los besa.)
Conque repítalo, madre...: (Sonríe.)
¿Me quiere mucho?
- ROSA. (Con delirio.) ¡Yo, sí!
- MIGUEL. (Empujándola dulcemente hacia la escalera.)
Pues... hasta luego...—Ahora, aquí
tengo que hablar con mi padre...
(Sigue sonriendo, hasta conseguir engañarla.)
- ROSA. (Á Don Gil y Doña Ramona.)
Vamos...—(Á Miguel.) ¿Vendrás?...
- MIGUEL. (La lleva abrazada, y van mirándose tiernamente y
sonriendo.) Sí..., después...
(Sube Doña Rosa.—Miguel hace entonces un res-
petuoso saludo á Don Gil y Doña Ramona, que lo
miran con asombro, y le contestan.—Suben también
éstos.—Miguel entra entonces en su cuarto, después
de dirigir una intensa mirada á su padre.—Don Blas
no aparta los ojos de aquella puerta.)
- BLAS. (Solo.)
¿Qué es esto?—¡Tiemblo!...¡ Me aflijo!...—
¡Si no mintió, no es mi hijo,
no es mi sangre!...—¡Sí es! ¡Sí es!
Dice esto último cuando Miguel aparece en la puerta
de su cuarto, con el sombrero de paja y la bolsa de

viaje, llevando en la mano el rollo de papeles con
cinta encarnada que le dió Fernando.—Miguel hace
señas al mozo de la diligencia (quien, durante la an-
terior escena, se salió discretamente al portal) de que
entre en la sala baja: el mozo obedece, saliendo á poco
con el baúl-maleta de Miguel y yéndose á la calle.—
Miguel mira entonces á Don Blas..., le envía un beso,
y da un paso hacia la puerta, sin dejar de mirarle.)

ESCENA ÚLTIMA

DON BLAS y MIGUEL

- BLAS. (Gimiendo y lleno de alegría.)
¡Ven!
- MIGUEL. (Corre á él, y se arrodilla.)
¡Padre! ¡la bendición!
- BLAS. (Lo levanta.)
¡Hijo! ¡Miguel! ¡Ven acá!
(Se abrazan y lloran.)—(Pausa.)
- MIGUEL. ¡No estoy casado! (Lo dice con amor á Dolores.)
- BLAS. (Balbuciente.) ¡Ya..., ya
me lo dijo el corazón!
- MIGUEL. Voy por su herencia...
(Muestra el rollo de papeles.)
- BLAS. Lo sé...
También lo sé...—¡Tú ya eres
mi hijo!
- MIGUEL. Si muero...
- BLAS. Si mueres...,
(Con majestad.)
¡en el cielo te veré!—
¡Allí es la eterna ciudad,

donde, en más dichosa vida,
podrás ver feliz y unida
á toda la humanidad!—
Pronto iré á esperarte allí...—
¡No faltes!

MIGUEL.

(Con fervor.) ¡No faltaré!

BLAS.

¡Sí!... Serás bueno... ¡lo sé!
que ya, aunque lejos de mí,
no estás solo en la aflicción;
pues irán eternamente
mi bendición en tu frente
y Dios en tu corazón!

(Don Blas le besa en la frente.—Miguel sale.—Al des-
aparecer por la cancela, lo ve Doña Rosa, que bajaba.

—Da ésta un grito.—Don Blas la recoge en sus bra-
zos.—Miguel les envía besos, y huye.—Cae el telón.)

FIN DEL DRAMA

ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria.....	5
Prólogo de la primera edición, por D. Juan Valera ...	7
Á mi mujer.....	19

POESÍAS SERIAS

El suspiro del moro.....	27
Al Océano Atlántico, oda.....	39
Á Fr. Luis de León, al inaugurarse su estatua en Sa- lamanca.....	44
En el muladar.....	47
La caza del saurio. (Á María Buschental).....	48
Las palmeras.....	49
La moña. (Á la Marquesa del Salar).....	50
Promesa de una santa.....	51
El amanecer. (Crescendo).....	52
En el huerto. (Traducción de Víctor Hugo).....	53
Arcas y Palemón. (Traducción de Andrés Chenier).....	54
Una niña menos.....	57
Documentación de un amor.....	59
Por vía de epitalamio. (Un año después).....	68
En la orgía, improvisación.....	71
Adiós al vino.....	72
El Viernes Santo.....	73
Dios.....	74
Á Petra, de nueve años.....	75
Devolviéndole su álbum, sin haber escrito en él.....	76